

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO.

Crónica infantil.—Las Golondrinas.—Un crimen castigado con otro.—La emperatriz Matilde.—Carlo-Magno en la escuela.—Juegos de niños.—Oración á San José.—El arte de la costura.—Modas.—El buen hijo.—Utilidad de la obediencia.—El enemigo pequeño, fábula.—Las dos niñas.—Moral. El perdón de las injurias.—Amor filial.—El jilguero.—Máximas.—Explicación del figurín iluminado.—Anuncio.

CRÓNICA INFANTIL.

Una niña que á más de tener muy hermoso rostro tenía un corazón más bello todavía, cayó enferma, y sus padres la enviaron á un pueblo donde residia su abuelita, para que recobrase la salud.

Rosita volvió muy pronto á recobrar su alegría, porque el palacio de su abuelita era un verdadero paraíso.

En los grandes jardines que le rodeaban habia fuentes, lagos y jaulas doradas, donde cantaban primorosas avecillas.

La capilla era un precioso altarcito donde se veneraba un hermoso niño Jesus, al que Rosita profesaba particular cariño, ofreciéndole todas las mañanas hermosas flores y oraciones nacidas del corazón.

El día de la Pascua Florida,

Marzo, 1875.—Núm. 2.

el sacristan encargado del cuidado del Niño, se dispuso á ponerle el traje encarnado bordado de oro y la corona de piedras preciosas que debia estrenar aquel día, pero en el momento en que se la colocaba en la cabeza, notó que las puas que la sujetaban eran demasiado gruesas, y tomando una barrena empezó á taladrar con ella la rubia cabecita, á fin de poderla colocar en los agujeros donde estaba enclavada la antigua.

Rosita, que entraba en aquel momento en la capilla con su abuelita, arrojó un grito agudo, y lanzándose sobre el sacristan le arrancó la barrena, colocándose delante del Niño con una energía muy superior á sus pocos años.

—¡Verdugo! exclamó con voz ahogada, protegiendo á Jesus

con sus amantes brazos, ántes me matarás á mí.

Y cubriendo caritativamente la agujereada cabecita con su delantalillo de seda, echó á llorar amargamente.

En vano su abuelita intentaba persuadirla de que aquel Niño no sentia, pues Rosita no consintió en descubrirle hasta que se le prometió solemnemente que de allí en adelante sólo ella se encargaria de vestirle y cuidarle.

Rosita fué, pues, nombrada por su excelente abuelita, camarera del niño Jesus, cargo que desempeñó á maravilla mientras estuvo en el pueblo.

Hoy mismo, aquí en Madrid, en el colegio, donde se distingue por su bondad y aplicacion, la llaman sus compañeras *La niña del Niño*.

Conozco yo un niño muy aplicado, muy obediente, y sobre todo muy amigo de la Madre de Dios, que está en el cielo.

Este niño no se duerme nunca sin encomendarse á la hermosa Virgen Maria, rezando con la fe más pura sus inocentes oraciones.

---Escucha, me dijo un día con

el mayor misterio, tú, que lees muchos libros, ¿podrás decirme si es pecado discurrir oraciones?

—No, hijo mio, le contesté, ¿cómo ha de ser pecado alabar á Dios?

—Es que no es á Dios, me contestó bajando los ojos.

—¿Pues á quién es?

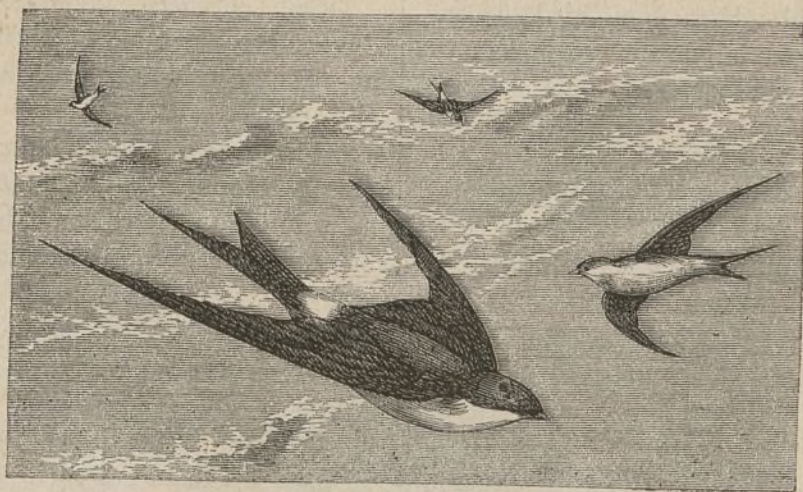
—Á una Virgen que se llama Purísima y que está siempre á la cabecera de mi cama para ver si hago cosas buenas.

—Venga, venga, le dije animándole con una mirada; ya estoy deseando ver la oracion, que sin duda será muy bonita.

El niño sacó de su pecho un papel y me lo entregó entre vanidoso y avergonzado.

Aunque en letra de esa que todos hacemos á los cinco años, la sencilla oracion de mi amiguito decia así:

«Oh Virgen María,
»Llena de salud,
»Concédeme hoy dia
»Toda tu virtud.
»De salud me llena
»Tu ardiente fervor,
»Concédeme ejemplo
»Por mi salvacion.»



LAS GOLONDRINAS.

(TRADICION.)

Era, hijos míos, una tarde fría y tormentosa del mes de Marzo.

Las tinieblas envolvían la tierra como si fuese la media noche, y los pajarillos, asustados, se escondían plegando sus alitas arrecidas de frío, entre las elevadas copas de los cedros del Líbano.

¡Qué tristeza tan grande pesaba sobre Jerusalén!

Parecía que las nubes cobrizas que flotaban sobre la ciudad iban á sepultarla en lo más profundo de los abismos.

En lo más alto del monte Calvario se levantaba una Cruz solitaria que semejaba un fantasma temeroso, y en aquella Cruz estaba

enclavado Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Hijo de Dios Padre, crucificado en aquella tarde por los judíos.

Era la hora en que la tarde muere, y la soledad más profunda reinaba en torno de la Cruz.

De vez en cuando un relámpago, rasgando las tinieblas, iluminaba por un momento la frente de Jesús, coronada de punzantes espinas.

Jesús exhaló un suspiro como quien se siente morir.

El eco de aquel suspiro resonó en lo más profundo de los valles, en los huecos de las peñas, y hasta en el fondo de los mares de Judea.

Oyóse de repente en el espacio

un ruido alegre como el de un en-
jambre animado que gorjeaba :

¡ Qvivit! ¡ Qvivit!

«Y entónces una bandada
De piadosas golondrinas
Arrancaron las espinas
De la frente del Señor.»

¡Bendita seas golondrinita! mar-

Desde entónces, la golondrina
lleva sobre sus blancas plumas el
negro manto de luto que vistió en
el Calvario.

¡Hermosos niños! Cuando veais
que la golondrinita viene á colgar
su nido bajo vuestro techo, bende-
cid al Señor, porque esa inocente



muró Jesus bendiciéndola con su
dulce mirada.

¡Avecilla cariñosa que vienes á
endulzar mi agonía; bendita la
vivienda donde tú hagas el nido!

avecilla lleva consigo la paz, la
alegría y la caridad.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Madrid, 23 de Febrero de 1873.

UN CRIMEN

CASTIGADO CON OTRO.

Viajaban juntos y en la mayor armonía por los áridos llanos de la Mancha dos amigos, cuya posicion no muy decente les habia obligado á abandonar sus casas, para ir en busca de mejor fortuna á la córte de España. Como los asuntos que los llamaban á Madrid no eran de aquellos que exigian una precipitacion extremada, hacian sus jornadas con lentitud, ocupados en formar proyectos para conseguir con seguridad el bienestar que les faltaba. A pocas jornadas encontraron á otro jóven que caminaba en la misma direccion que ellos y con el mismo objeto, por lo que todos tres se reunieron y continuaron su camino, ocupados en referirse mutuamente sus antecedentes.

La igualdad de edad, de posicion y de pensamientos, los unió á todos tres, como si fueran hermanos, por lo que nada habia reservado entre ellos.

Ahora verémos cuán poco duraron estos sentimientos entre los que al parecer reinaba una amistad entrañable.

Pocos dias llevaban de viaje, cuando una mañana vieron al borde del camino y oculto entre un pequeño matorral, un enorme saco lleno de una cosa pesada.

Se acercaron y le abrieron, y vieron con sorpresa que el saco estaba lleno de monedas de oro.

«¡ Un tesoro!», exclamaron á un tiempo los tres viajeros mirándose con una expresion indecible de soberbia.

Poco á poco, y despues que pasó la primera impresion del hallazgo, fueron despejándose sus frentes al aspecto de las deslumbradoras piezas de oro, y cediendo á la necesidad, se sentaron, se abrazaron, y por fin se repartieron el dinero en tres lotes iguales. Cada uno colocó como pudo su porcion sobre sus espaldas, y emprendieron el camino del pueblo más cercano, con ánimo de proveerse de caballos para continuar el viaje con más comodidad, y llegar á la córte como caballeros, los que ántes

pensaban entrar como unos infelices aventureros.

Efectivamente así lo verificaron, y ántes de pocas horas ya salieron del pueblo montados en tres excelentes caballos y en la misma direccion que llevaban.

Pero ya no dominaba en ellos aquel sentimiento de union y de fraternidad que les habia animado ántes: en sus corazones dominaba una envidia secreta y una ambicion insaciable. Sin embargo, todos estos sentimientos pasaban en su interior, y ninguno de ellos se manifestaba menos franco y amable que ántes.

Así continuaron su marcha hasta la media tarde, en que habiéndoseles concluido las provisiones y sintiéndose con ganas de comer, se convinieron en que el más jóven iria á buscar víveres á un pueblecito que se distinguia á un lado del camino.

Efectivamente, el más jóven se despidió de sus compañeros, y partió lleno de alegría.

Durante su camino, no se ocupó de otra cosa más que del pensamiento de su riqueza, y nada más natural; pero aquel pensa-

miento surgió una idea diabólica, una idea que debia destruirle, como una ráfaga del fuego de infierno.

«Héme aquí rico», decia; pero ¡cuánto más rico sería si hubiese estado solo cuando encontramos el tesoro! Esos dos hombres que se juntaron conmigo me han llevado la mayor parte de mis riquezas, del mismo modo que si me las hubieran robado. ¿Y no será posible recobrarlas?... ¡Oh! Pero ¿cómo las he de recobrar? Sí, sí, fácilmente podria hacerse esto..... no tengo más que envenenar los víveres; á mi vuelta les diré que he comido en el pueblo..... ellos comerán sin desconfianza y morirán: entonces yo seré el dueño del tesoro..... ahora no tengo más que la tercera parte, y luégo seré verdaderamente rico porque lo tendré todo.

Deslumbrado el jóven con esta idea, arrebatado de gozo con este pensamiento satánico, espolcaba frenéticamente los ijares de su caballo, sediento de ponerla en ejecucion.

Dos veces retrocedió horron-

zado ante su pensamiento, y dos veces la idea de ser él solo el poseedor del tesoro, le afirmó en él de nuevo: al fin, trémulo y casi asustado llegó al pueblecito, donde puso en ejecucion su horroroso proyecto.

Volvamos ahora á los otros dos compañeros, que ocupados únicamente del pensamiento de su riqueza, no habian cesado de formar castillos en el aire, y soñar fabulosos dias de felicidad, merced al repentino acrecentamiento de su riqueza.

Su conversacion era en un principio la expresion sencilla de la embriaguez que causa el bienestar repentino en personas que han pasado su vida con necesidad; pero poco á poco sus pensamientos se fueron haciendo más sombríos y concentrados, hasta que al fin se fueron aproximando á un sentimiento de envidia hácia su jóven compañero, ausente todavía: «¡Cuán perjudicial, se decian uno á otro, ha sido para nosotros la compañía de ese jóven cuando nos hallamos el dinero! Si hubiéramos estado los dos solos, nuestra parte hubiera

sido mayor y ahora seríamos mucho más ricos de lo que somos..... pronto volverá, y entónces si fuésemos bastante atrevidos, podríamos de un golpe asegurar para nosotros la porcion que le ha correspondido.»

El ruido de un caballo cortó la conversacion de los dos viajeros. Era el jóven que llegaba al punto donde le esperaban sus compañeros; pero, por pronto que llegó, habia tardado el tiempo suficiente para su desgracia, pues sus malvados amigos habian ya hablado bastante para entenderse.

Cuando el jóven se apeó del caballo y ántes que pudiera pronunciar una sola palabra, los dos amigos, animados de un sentimiento feroz, sacaron á un tiempo sus puñales de la vaina y se lanzaron sobre él como dos tigre sobre la presa.

En aquel momento se vió al jóven caer tras un matorral muerto á puñaladas. Los asesinos ocultaron lo mejor posible el cuerpo del compañero muerto entre aquella maleza, y se repartieron el dinero que le habia correspondido.

Concluida esta operacion y un poco serenos ya con la posesion de tanta riqueza, trataron de tomar alimento para recobrar fuerzas y continuar su marcha.

En efecto, ambos se sentaron y comieron con ánsia los víveres que el compañero difunto les habia traido, sin advertir que estaban sobradamente envenenados para matar á cuarenta personas que hubieran probado de ellos. Así fué que, á poco tiempo de haber comido, ambos perecieron entre los dolores y las convulsiones más horrorosas.

El tesoro fué inútil para todos, y la Justicia divina hizo que el crimen intentado por el uno, fuese castigado con el otro crimen; porque escrito está que el que á hierro mata á hierro muere.

LA EMPERATRIZ MATILDE.

Corria el año de 1550, cuando la emperatriz Matilde, hija del rey de Inglaterra Enrique I, y esposa de Geofroy Plantagenet, sostenia una cruda guerra contra el príncipe Estéban. Matilde, que sostenia los

derechos de su hijo Enrique, y no omitia penas ni fatigas para llevar á cabo la guerra, se vió un dia obligada á embarcarse, á pesar de no presentarse el tiempo muy seguro.

Apénas el buque de la Reina se encontró en alta mar, arreció el tiempo, hincháronse poco á poco las olas, y el lúgubre graznido de las gaviotas anunciaba una tempestad de las más violentas.

Las olas, levantadas como montañas, se estrellaban en hirvientes y espumosos remolinos; los vientos, desencadenados con furia, arrastraban el buque como si fuese una ligera paja, y la noche, siempre triste en las soledades del Océano, envolvía en sus espesas y profundas tinieblas los cielos y el mar.

Los barones ingleses que acompañaban á Matilde, oraban consternados, encomendando su alma al Sér Supremo. La Emperatriz estaba sobre cubierta, pálida sí, pero llena de firmeza y serenidad; de esa serenidad que da al semblante un viso celeste, porque viene de Dios. «¡Animo, ánimo, amigos míos! gritaba la Princesa á los marineros; la Virgen es buena, es poderosa y no es posible que nos abandone. ¡Alerta, alerta los vigías! Apénas distingamos la tierra, entonaremos un himno á la Virgen del Buen Suceso, á la que ofrezco edificar una capilla en la ribera de la primera costa que encontremos.»

Matilde, despues de haber hecho un voto solemne, se puso á orar

con los ojos fijos en el negro abismo que la rodeaba; las olas elevadas como montañas, empezaron á

volar el navío hasta las costas de Normandía.

De repente se oyó resonar la voz



La emperatriz Matilde.

aplanarse, y los vientos cambiaron poco á poco su soplo desencadenado por una fuerte brisa, que hizo

del piloto, que gritaba: «¡Canta, Reina! ¡Hé aquí tierra!» La Reina alborozada, respondió á este gr

entonando un cántico dulce y grave á la vez, que los barones y la tripulacion repitieron de rodillas con la cabeza desnuda.

La nave, salvada tan milagrosamente del naufragio, ancló en una pequeña ensenada de la Baja-Normandía, donde el primer cuidado fué señalar el sitio donde habia de edificarse la capilla que habia ofrecido á su libertadora.

Esta virtuosa princesa, que más tarde hizo entrar en la corona de Inglaterra la gloriosa raza de los Plantagenet, no quiso abandonar aquella costa hospitalaria sin colocar ántes por su mano la primera piedra de la capilla dedicada á la Virgen, que dotó con insigne piedad.

CARLO-MAGNO EN LA ESCUELA.

Carlomagno, proclamado Emperador romano en el año 800 de Jesucristo, fué el genio más grande y poderoso de los de su época, sabía el latín y el griego, y no se avergonzaba de aprender á escribir en la edad madura. Cuidaba con especial esmero enaltecer las escuelas y hacer germinar útiles conocimientos en el espíritu de los jóvenes. Con este objeto llamó sabios de Italia y Grecia, y fundó en su propia córte una escuela para los hijos de los oficiales de su servicio, desde los inferiores hasta los más elevados. Entró un

dia él mismo en la sala de clases, observó por algun tiempo, y pidió las composiciones escritas de los discípulos. Hizo pasar á su derecha á los laboriosos é instruidos, y á su izquierda á los inaplicados é ignorantes. Advirtió que estos últimos pertenecian, en la mayor parte, á las familias distinguidas, y dirigiéndose á los estudiosos, aunque pobres:—«Queridos niños, les dijo, veo con placer vuestros progresos; perseverad en ellos, trabajad sin descanso y perfeccionaos é instruios; esto es trabajar por vuestro bien, y sólo espero el momento de recompensaros.—En cuanto á vosotros, añadió con el acento de la cólera y dirigiéndose á los de la izquierda, hijos de grandes señores, delicados muñecos que creéis ser ricos é ilustres personajes, que pensais no teneis necesidad de aprender, perezosos, que no sois buenos para nada, escuchad. Pongo á Dios por testigo de que ni vuestro nacimiento, ni vuestro almibarado rostro, son títulos para mi favor; nada teneis que esperar de mí si con vuestro celo y aplicacion no reparais la negligencia que os ha dominado hasta ahora, y que constituye para mí una verdadera culpa.»

Los niños ricos, avergonzados al oír las palabras del Emperador, emprendieron desde aquel dia el camino de la aplicacion, llegando á igualar en un todo á sus estudiosos compañeros.

H.

JUEGOS DE NIÑOS.

**El ladrillejo. — La rebatiña. —
El dedillo.**

Desde la más remota antigüedad, las nueces, avellanas, almendras y demas frutas duras, han servido para los juegos de niños, notándose, sin embargo, que así como en la antigüedad hacian las nueces el principal papel, en España le hacian las almendras, como se ve en el Romancero de Vargas, cuando dice:

«Puesto que almendras teneis,
Juguemos al ladrillejo.»

Para este juego coloca cada jugador una almendra ó bellota sobre el ladrillo en que se juega, y tirando primero el que tiene la vez, lo ejecuta con otra almendra, llevándose todas las que ha derribado con la suya. El que no acierta á llevar ninguna, pierde la suya y tiene que abonar otra á cada uno de los que juegan.

Este juego fué muy usado entre los romanos, puesto que el mismo emperador Augusto jugaba á las nueces con los muchachos que acudían con este fin á palacio.

LA REBATIÑA.—En todas las bodas era ceremonia indispensable entre los romanos arrojar á los muchachos que bailaban á la puerta de la casa, nueces y almendras, estableciéndose entónces una especie de pugilato, en el que cada uno procuraba recoger la mayor parte. Esta lucha ha constituido más tarde el juego conocido vulgarmente por *la rebatiña*, como el que verifican aquí los muchachos el día de la Ascension, para alcanzar las alendras que durante la procesion arrojan al aire los padres escolapios.

EL DEDILLO.—Este juego, tambien de almendras, fué muy usado entre los antiguos, y sobre todo, entre los romanos, y los emperadores de Oriente, entre los que descollaba por su aficion Aléxis, emperador de Constantinopla.

Para jugarle, colócanse sobre una mesa tres almendras formando pabellon, y colocándose otra sobre la punta que forman las tres.

El que juega tira con un pedacito de madera, procurando derribar la que forma punta, sin que se descompongan las demas, y si lo verifica, gana las cuatro.

Si al derribar la última, se descomponen las otras, pierde cuatro y ademas las apuestas si las hubiere.



ORACION Á SAN JOSÉ.

Bendito patriarca,
Esposo de María,
La Reina de los cielos,
La Virgen sin mancilla;
Tú, que en taller humilde
Pasaste santa vida,
Otorga tu molestia
Al que ante tí se inclina,
Y á ejemplo de tu vara,
Que floreció bendita,
Haz que con tus virtudes
Florezca el alma mia.

R. PUENTE Y BRAÑAS.

EL ARTE DE LA COSTURA.

II.

COSTURA ESPAÑOLA. — Para la costura llamada *española* se toman los dos pedazos de tela que se quieren unir, y se colocan juntos, teniendo cuidado de que el pedazo que corresponde al cuerpo de la costura quede más bajo que el otro, á fin de que, hecho el pespunte que ha de unirlos, se pueda sobrecargar con el más ancho. Cuando no hay todavía mucha práctica, debe hilvanarse la costura, por ser muy difícil para las niñas seguir el punto atras ó pespunte sin perder la línea, y una vez torcida ésta, forma la costura ondas muy feas. De todos modos, conviene hilvanarlas para no embeber la tela; esto es, para no gastar más de un lado que de otro, cosa que sucede con frecuencia, sobre todo cuando los pedazos están al sesgo.

El sobrecargado de la costura *española* se cose á punto de dobladillo ó de lado, y es una de las más fuertes, aunque no de las más bonitas.

Dobladillo. — El punto de dobladillo es uno de los más útiles para toda niña, pues no hay pieza de ropa blanca ni de color en que no se use.

A más del dobladillo calado y

pespunteado (de que nos hemos ocupado en el número anterior, que sólo se usa para ropas de lujo), hay el dobladillo liso, que es el que se usa en todos los faralares de batas, enaguas y camisas, en todos los volantes, y generalmente en los pañuelos de diario.

Hay también el dobladillo pespunteado, que se usa para el jareton de los pañuelos de batista y para toda clase de sábanas y almohadas.

Para ejecutar el dobladillo á pespunte, se dobla el jareton ó bastilla del ancho que se quiera, y en vez de coserle á punto de lado, se le cose á pespunte unido, dejándole una pestaña de tres ó cuatro hilos que forme borde sobre el pespunte.

Estos dobladillos á pespunte deben hilvanarse siempre á fin de que no formen bolsa.

Si los dobladillos se ejecutan en telas de seda, gasa ó tul, se cosen tan sólo á punto adelante, á fin de que padezcan ménos que á punto de lado.

Dobladillo ruso. — Se llama así una preciosa costura que se usa para unir las diferentes piezas de las camisas de lujo.

Para ejecutar el dobladillo ó costura rusa se empezará por dobladillar todas las piezas de la camisa, cada una separadamente, uniéndolas despues con un punto de calado de los que explicaremos en el lugar correspondiente.

Nada es comparable á la belleza de esta costura, que aparece alre-

dedor de todas las piezas de la camisa como un entredo en miniatura, y á fin de que nuestras

pueden hacer la costura rusa, uniendo las piezas dobladilladas con el punto de dobladillo calado que de-



Núm. 1.

1

2

3

4

5

pequeñas lectoras puedan ejecutar esta preciosa labor, en tanto que llega la explicacion de los calados,

jamos descrito en el número anterior.

MODAS.

Explicacion del grabado núm. 1.

1. Niña de 8 á 12 años.—Polonesa de popelina de seda azul-pavo-real, abierta en el pecho en forma de corazon, adornada de un volante de seda del mismo color; encima del volante pueden colocarse dos bieses, y para más lujo una guirnalda bordada con soutache de seda negra.

Mangas pagodas, abiertas hasta el codo, cinturon de terciopelo negro, con un gran lazo formando polison, zapatos de tafilete con gran escarapela de raso negro.

2. Vestido húngaro de paño gris, guarnecido de pieles. Túnica drapeada por ambos lados, adornada de pieles, y con una gran caída al costado. La primera falda lleva dos tiras de la misma piel.

La pelerina, de forma muy extraña, forma al lado izquierdo manga perdida, á la vez que en el derecho va sujeta con el cinturon formando una especie de manteleta. Una banda de pieles forma sobre la espalda cuello marinero bastante ancho.

Debajo de esta confeccion va un corpiño de aldetas cortas y dentadas. Sombrero de terciopelo negro inclinado sobre la frente, adornado de caídas de faille y un ala formada de plumas. Botas húngaras.

3. Niño de dos años.—Túnica de piqué blanco guarnecido de soutache de lana negra. Uno colocado en el bajo de la falda, y el otro colocado formando túnica. El cuerpo alto y adornado con una berta formando chal.

Mangas largas de codo, gorrito de muselina adornado de ruches de Valenciennes. Cinturon de cinta de gró azul, con un gran lazo en el pecho.

4. Niño de cuatro á siete años.—Traje de paño azul sombrío, pantalón ruso sujeto por botas altas. Blusa-chaqueta de húsar, guarnecido de cordones de pasamanería, de pieles, y agujetas, sujetos los cordones sobre el hombro con un gran broche de azabache y pasamanería.

5. Niña de cuatro á siete años.—Traje de cachemir gris tórtola, cerrado al costado por una fila de botones. Casaca Luis XV, sujeta en la espalda por un gran lazo de faille negro, y abierta y flotante en el pecho. La casaca es de poult de seda del mismo color de la sotana, con grandes vueltas en la bocamanga, adornadas de un lazo negro. Botitas de raso frances de color del traje, y abrochadas al costado.

Explicacion del grabado núm. 2.

1. Trajes de casa.—Niña de seis á ocho años.—Traje de popelina guarnecido al borde de un volante á pliegues muy anchos. Pouf

formando segunda falda, chaqueta de terciopelo negro con aldetas dentadas y ribeteadas de raso.

lla, sujeto en ambos lados con un gran lazo de caídas.

Túnica con delantal doble, for-



Núm. 2.

2

5

2. Traje de poulte de seda gris guarnecido en el bajo de la falda con un ancho volante con cabeci-

mando por detras grandes cogidos. Chaqueta con grandes aldetas, que abren por delante redondeándose,



LA NIÑEZ ILUSTRADA
 Administración, Calle de Carretas, 12, Madrid



adornadas con un volantito fruncido, coronado por dos bieses. Lo alto del cuerpo figura chaleco abrochado.

de foulard rayado, adornada con un volantito fruncido. La falda forma recogidos atras y á los costados.



Núm. 3.

1

5

3. Jovencita de 12 á 14 años.— Falda de foulard azul guarnecida con un volante de cabecilla plegada. Chaleco blanco, casaca Luis XV

En la cabeza lazo de terciopelo negro.

Explicacion del grabado núm. 3.**TRAJES DE CALLE.**

1. Niña de seis á ocho años.—Traje de terciopelo inglés azul de Prusia. Casaca ajustada, formando segunda falda montada en la cintura á grandes pliegues, sujetos por detras con un gran lazo. Bolsillos á los costados adornados tambien con lazos de raso. Mangas anchas hasta la sangría y estrechas en la muñeca.

Sombrero de terciopelo azul con pluma blanca y lazos de raso azul.

2. Traje de poult de seda de color de ciruela guarnecido de terciopelo del mismo color. La primera falda va adornada de un volante de pliegues anchos y profundos, al que forman cabeza dos terciopelos. Un volante más estrecho, pero con el mismo adorno, va colocado sobre el primero. La segunda falda de gran cola formando pouf, va adornada todo alrededor con un bias de terciopelo. Palletó semi-ajustado, con manga perdida y aldetas cortas y cuadradas, guarnecido en el pecho por dos bieses de terciopelo y una hilera de botones. Sombrero de terciopelo adornado con plumas; encaje negro y cintas de gró.

A la izquierda, una alita de canario formando sprit.

3. Traje de faille marron claro, guarnecido en el bajo de la falda con un adorno tan nuevo

como complicado, formado de almenas y picos. Unos y otros son de raso, estando rodeados de un ruche de faille sujeto á su vez por un bias de raso. Túnica estrecha y recogida hácia atras por un ruche y bias de raso. Casaca con grandes aldetas que van disminuyendo hácia atrás, y forradas de raso.

La casaca va rodeada de un ruche de faille y bias de raso.

Sombrero de tul bullonado guarnecido de encaje negro, pluma negra y un gran lazo de faille verde con caídas. Bidas de faille.

Explicacion del grabado núm. 4.**TRAJES DE VIAJE.**

1. Traje de niña de cuatro á seis años.—Vestido de seda azul adornado con un volante y dos bieses. Polonesa de cachemir gris-perla con vivos azules, con pieles á los lados y drapeada por detras. Cinturon azul. Sombrero de castor adornado con terciopelo negro, pluma y rosa.

2. Vestido de seda habana, adornado con un volante con caprichosos picos, vivos y borde de falla marron. Túnica de cachemir con el mismo adorno que la falda y fleco marron.

Corpiño con aldetas redondas, por detras ondeadas y con fleco.

Sombrero marron con pluma y cocas, bidas de cinta.

Explicacion del grabado núm. 5.

1. Vestido de terciopelo verde muy oscuro, falda con un volante

y otra sosteniendo la cabecilla que forma el plegado en la parte superior; cuerpo alto cerrado, con aldeas largas y cuadradas por detras,



Núm. 4.

1

2

de veinte centímetros de ancho, sobre éste un plegado del mismo terciopelo sujeto sobre el volante con una tira estrecha de *petit gris*

y más cortas por delante, adornadas de *petit gris*, manga estrecha adornadas tambien con tira de lo mismo, abrigo de novedad, falda y

esclavina, que cruza por delante dejando pasar el brazo izquierdo por encima de la caída derecha de la esclavina que vuelve por detras y se sujeta en el hombro con un adorno de pasamanería; se hace este abrigo de igual tela que el vestido, y adornado tambien de una estrecha tira de *petit gris*.

Sombrero de terciopelo igual al vestido, rodeado de una tira de *petit gris*, lazadas de terciopelo y un ala de plumas natural.

2. Niña de cuatro á ocho años.—Traje de poplín de seda gris. Falda muy corta con un volante ancho, segunda falda abierta por delante y muy fruncida y levantada por detras formando puff; cuerpo alto redondo por delante y una pequeña aldeta por detras, chaquetilla blanca de cachemir rodeada de una tira de piel y grandes presillas de pasamanería; manga entrecancha.

Sombrero de terciopelo gris con pluma blanca y lazadas de terciopelo gris y negras. Botitas altas de cabritilla.

3. Vestido de faya negro, la falda es redonda sin ningún adorno; cuerpo alto con aldetas muy largas por detras y por delante, y en los costados más pequeñas; éstas y las mangas van adornadas con cintas de terciopelo negro y encajes de guipure.

Sobretudo de paño violeta forrado de seda negra, cerrado por delante con dos filas de botones de terciopelo negro; pelerina de lo

mismo, forrada tambien de seda negra, y adornada todo al rededor con un bies de terciopelo negro de cinco á seis centímetros de ancho.

Sombrero de terciopelo negro con plumas negras y violetas, y bridas de moaré negras.

EL BUEN HIJO.

Hace dos ó tres años recorría las calles de Madrid un pobre niño cargado de libros y papeles, que á fuerza de subir y bajar escaleras repartiendo entregas, conseguía ganar cuando más unos dos reales cada día.

Su espalda encorvada por la carga, y su respiracion fatigosa, demostraban bien á las claras que aquella pobre naturaleza sucumbía agobiada por el trabajo y la miseria.

Aquel niño era el único apoyo de una madre anciana y enferma, que abandonada por sus dos hijos mayores, hubiera muerto de hambre á no ser por el pequeño Eugenio, que por ella se privaba hasta de lo más necesario.

Con los dos reales de Eugenio y algunos mendrugos que su madre recogía de puerta en puerta, iban pasando la vida, si vida puede llamarse el martirio de sufrir día tras día el frío, la sed y el hambre mal disfrazada, sin esperanza de consuelo.

Aquella vida era la muerte lenta é implacable, y la señora María, apenas empezaron los hielos, cayó enferma, siendo conducida al hos-

calado hasta los huesos por la lluvia que caía á torrentes. Apenas dejó á su madre en el hospital, el pobre niño corrió de nuevo á repar-



Núm. 5.

5

pital general en la camilla de la caridad.

Detras de aquella camilla caminaba Eugenio llorando á mares, y

tir sus entregas, subiendo y bajando escaleras sin mudarse de ropa.

Desde aquel día la tos, que hacía tiempo le fatigaba, tomó un in-

cremento terrible, y cuando era día de entrada en el hospital y corria como un gamo á ver á su madre, se le veía descansar tres ó cuatro veces en la calle de Atochá.

No pudiendo ver á su madre más que dos veces por semana, Eugenio se decidió á arriesgarlo todo para verla con más frecuencia, y encomendándose á la Virgen, se atrevió á gatear por la pared de uno de los patios que están á espaldas del edificio, exponiéndose á ser descubierto por algun vigilante y rudamente maltratado.

Una vez dentro del patio aquel niño endeble y calenturiento, atravesó el depósito de cadáveres, recorrió escalerillas y corredores, y llegó por fin á la enfermería, donde arrodillado al pié de la cama de su madre, dió mil gracias á Dios por el feliz éxito de su empresa.

Despues de dejar á la enferma dos pobres bizcochos, únicos que habia podido comprar, volvió á escurrirse arrimado á la pared, dejándose luégo caer á la calle por el mismo sitio que le habia ofrecido para subir una especie de escala con sus piedras salientes.

Eugenio recortó de un almanaque religioso una imagen de la Purísima Concepcion, escribió á sus piés: *Virgen Santísima, haz que se ponga buena mi madre*, y la cosió al forro de su mugrienta chaqueta en la parte que caía sobre el corazon, á fin de que le sirviese siempre de escudo.

La Virgen oyó sus ruegos, y la señora María, á pesar de su avanza-

da edad, salió al cabo de algun tiempo del hospital completamente restablecida.

¿Y Eugenio? Eugenio, el hijo modelo, quebrantado por el trabajo y las privaciones, y más aún por las subidas de la pared de la enfermería, fué poco despues á dormir el sueño eterno, y á recibir la corona que Dios tiene reservada á los buenos hijos.

UTILIDAD DE LA OBEDIENCIA.

Cierto dia deseaba un jóven ir con otros compañeros á hacer una excursion por el mar: pidió permiso á su madre, pero ésta se lo negó.

Despues de una gran lucha que tuvo entre el deseo de marcharse y el deber de la obediencia á su madre, al fin resolvió permanecer en su casa. Los otros muchachos se marcharon. Una repentina ráfaga de viento hizo zozobrar su bote, y dos de ellos perecieron ahogados.

El muchacho, cuando lo supo, se afectó mucho, y dijo á su madre: —«Despues de este suceso, comprendo que siempre debo hacer lo que V. me mande.»

No vacileis en obedecer ciegamente á vuestros padres, en la seguridad de que siempre desean lo mejor para vosotros, y que están, á no dudarlo, puestos por Dios para dirigiros.

EL ENEMIGO PEQUEÑO.

FÁBULA (1).

Gran concurrencia habia
En el Campo del Moro el otro dia ;
Era grátis la fiesta, y como bobo,
Allá fui para ver subir un globo
Que, segun los anuncios del *Diario*,
Era tremendo, atroz, extraordinario.
Se puso aquella mole en movimiento,
Y el espacio cruzó, retando al viento ;
Ajeno á la funcion, cerca se hallaba
Un travieso muchacho
Que, alegre, una cometa remontaba ;
Y notó aquel contraste el populacho.

Al mirar la cometa al enemigo
Que sube por los aires arrogante,
Dice :—« Vaya con Dios, señor gigante,
Y cuide bien no tropezar conmigo ;
Pues segun tiende el vuelo,
Pequeño espacio encontrará en el cielo.
—Fuera bellaquería,
El globo le contesta con desprecio,
Que el paso me cerrára tu osadía ;
¡ Echese á un lado el necio,
Y baje la cabeza
Para rendir tributo á mi grandeza !

(1) Tomamos esta fábula del precioso libro *Lecciones de mundo*, del distinguido escritor don T. Guerrero, para que nuestros pequeños lectores aprecien su mérito y se apresuren á adquirirlo, así como las *Lecciones familiares*, páginas en prosa, sembradas de excelentes máximas morales y que llevan á los niños á la práctica de las virtudes públicas y privadas,

—Es guapo el gigante ; pero ; cuidado !
Que aunque juguete soy, me lleva el hombre
A su capricho atado,
Y su poder me presta con su nombre ;
Tú no eres más que viento,
Y vives á merced del elemento.
—¡ Allá voy ! dice el globo decidido,
Pues castigo merece un atrevido. »
Y sobre la cometa, airado, lanza
Su volúmen feroz, que mete miedo ;
Al verse atropellada, con denuedo
En sí volvió para tomar venganza ;
Y el pueblo que observaba y conocía
La lucha desigual, se estremecía.

La cometa recuerda
Que llevaba en la cola una cuchilla ;
Pide al muchacho que le suelte cuerda,
Y cuando á tiro pillá
Al gigante que sube, le da un tajo
En la estirada seda ;
Sale con fuerza el gas ; inmóvil queda ;
Oscila el globo al fin, y viene abajo,
Mientras que el vencedor oye contento
Que el pueblo aplaude en masa su ardimiento.

*Todo enemigo es malo,
Aunque pequeño,
Pues se ve que una chispa
Causa un incendio.
El poderoso
Sólo disfruta calma
Si es generoso.*

TEODORO GUERRERO.

LAS DOS NIÑAS.

Vive actualmente en París una dama española, viuda, joven y rica, cuyos inmensos tesoros le proporcionan á cada paso las bendiciones de los numerosos infelices, á quienes socorre constantemente, con una caridad verdaderamente evangélica.

Pero el tesoro más precioso de esta virtuosa española no está en sus riquezas ni en sus deslumbrantes joyas, ni en sus numerosas y magníficas quintas rodeadas de bosques y jardines. Su hija única, su Eufemia, hermosa niña, blanca y rubia como un ángel lleno de gracia y de gentileza, es el diamante más precioso que tiene la señora Marin.

Hace pocos meses que, aprovechándose de un día en que el sol se había presentado despejado y radiante, después de un mes seguido de esas nieblas que envuelven casi constantemente á París en una nube sombría, recorrían Eufemia y su madre en un elegante y descubierta landó el hermoso paseo que se extiende desde la puerta de Bolonia hasta la extremidad de los campos Elíseos.

La inocente niña, que se veía al aire libre después de tantas semanas de recogimiento, reía, cantaba, y parecía volverse loca de alegría, al ver las flores, el campo, los árboles y los pintorescos paisajes que

se extendían á su vista con todas las bellezas de la primavera.

Nada más tierno y encantador para cualquier observador, que aquel grupo de dos personas.

La niña representaba ser de nueve años de edad, elegantemente vestida con un capotillo de color de violeta, de terciopelo, sobre un vestido de raso azul celeste, y adornada su rubia cabellera con un sombrerito gris perla, se entretenía en jugar con las cintas de su capota y hablaba de mil bagatelas infantiles que la hacían reír á carcajadas.

La más inocente alegría rebosaba en su corazón y coloreaba sus redondas y saludables mejillas. La madre, joven y hermosa todavía, pero de una hermosura grave y solemne como la de las estatuas griegas, había hecho sentar sobre sus rodillas y se sonreía de gozo al contemplar la alegría de su graciosa Eufemia.

El landó, arrastrado velozmente por dos fogosos caballos, daba la vuelta al hotel, haciendo brotar chispas sobre el enlosado; y al cruzar como un rayo la plaza de la Concordia, la inocente Eufemia interrumpió de repente sus graciosas niñadas y se puso á gritar con voz conmovida:

— ¡Mamá, mamá; mira, mira!

— ¿Qué es eso, hija mía? — respondió la madre echando una mirada en derredor del coche.

— ¡Oh, Dios mío! — continuaba Eufemia — ¡qué lejos estamos ya! ¡para, cochero, para!

El cochero obedeció, y la señora no cesaba de preguntar á Eufemia la causa de su sorpresa.

— Mamá, — contestó la niña, — pues qué, ¿no ves tú allá abajo aquella niña llorando? quiero bajar, quiero saber la causa, quiero ver si puedo darle lo que necesite.

En efecto, en uno de los lados de la plaza y cerca del obelisco, se veía una niña como de unos seis años, cubierta de harapos, sentada sobre sus piernas dobladas y llorando sin consuelo.

El buen corazón de Eufemia era lo que constituía el orgullo de la señora Marin, que pronta siempre á fomentar en su hija los caritativos instintos que la animaban, bajó del coche, y se dirigió hácia la pobre niña llevando á Eufemia de la mano.

— ¿Qué es lo que tienes, pobre niña? — la dijo ésta — ¿por qué lloras tanto?

— ¡Ay, señorita, soy muy desgraciada! — respondió la pobre niña suspirando y llorando con nueva fuerza.

— Pero al fin, ¿qué te ha sucedido? — interrumpió la señora Marin.

— ¡Dios mío! — contestó la niña — yo no puedo decir con certeza lo que me ha sucedido, pero hace ya muchos días que mi madre, que trabajaba en una fábrica de Chaillot, cayó enferma. Ella estaba en la cama en nuestra guardilla, yo no tenía qué darla, y estuvo allí mucho tiempo hasta que se durmió tanto, tanto, que no pude desper-

tarla, ni con gritos, ni con abrazos.

Entonces tuve miedo, y fui llorando á decir á la vecina que vive abajo, que mi madre no quería responderme por más que la llamaba; la vecina se echó también á llorar, pero nada me respondió..... luégo, luégo, entraron en mi casa unos hombres, vestidos de negro; eran cuatro. Metieron á mi madre en un cofre, despues pusieron el cofre en un carro; el cofre y el carro eran negros también; despues de todo esto, el carro marchó. Yo lloraba porque me llevaban á mi madre, y quise ir detras del carro dando voces para que la sacáran; pero corrieron tanto, que no pude seguir y tuve que descansar aquí; y ahora lloro porque no sé adónde ir.

Esta historia de muerte, contada por aquella inocente niña en el triste y sencillo lenguaje de su tierna edad, conmovió vivamente á la señora Marin é hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas, y en tanto que Eufemia partía con la mendiga algunos confites y se esforzaba en consolarla, envió su lacayo á Chaillot para informarse de si la narracion de la niña era verdadera.

Durante la ausencia del lacayo, la pobre huérfana les dijo que se llamaba Susana, y les refirió con sencillas frases todas las escenas que recordaba de su inocente vida, pasada entre las más dolorosas privaciones.

En medio de su triste narracion olvidábase Susana de su pobreza, y al verse acariciada por una señora

tan hermosa y tan bien vestida, creía que también ella iba á vestirse como Eufemia, y á subir á los coches que tanto habían deslumbrado siempre su infantil curiosidad.

Los informes del lacayo confirmaron en un todo la narración de Susana y su triste soledad en el mundo.

Segura entonces de que la pobre niña no tenía parientes y amigos que la recogiesen, y que el único porvenir que se la presentaba era la mendicidad, la señora Marin, cediendo á las inspiraciones de su corazón y á las súplicas de su compasiva y querida hija, hizo subir

á la huérfana en su magnífico landó y volvió con ella á su hotel, donde se la hizo mudar al instante de traje acomodándole uno de Eufemia.

El buen comportamiento de la pobre huérfana, su cariñoso trato, y el reconocimiento que manifestaba por los beneficios recibidos, consiguieron que la señora Marin adoptase á la infeliz compañera de su hermosa niña, cuyo excelente corazón ha cimentado la felicidad de Susana, arrancando con su débil mano una víctima de las garras del infortunio ó de la desesperación.

ROBUSTIANA ARMIÑO.



MORAL.

EL PERDON DE LAS INJURIAS.

La nobleza, la verdadera grandeza de alma no consiste en vengarse, sino en perdonar las injurias. Las almas generosas no se vengan. Vencerse á sí mismo, sofocar el deseo de venganza, ese deseo tan vehemente é irresistible, es la victoria más bella que puede obtener el hombre.

Aquel que tiene un alma verdaderamente elevada se sobrepone á las injurias y las perdona. «Cuando me injurian, decia el célebre Descártes, elevo tanto mi alma que la injuria no puede llegar hasta mí.» Si hemos dado motivo para que nos odien, perdonemos para reparar nuestra falta; si no le hemos dado, perdonemos mejor aún, porque es mucho más dulce perdonar que tener necesidad de perdon.

Ofendemos á Dios sin cesar, y nos perdona. Le suplicamos que olvide nuestras ofensas, y no queremos perdonar las que nos hacen. Decis que es imposible perdonar una injuria y reconciliaros con un enemigo que os ha herido cruelmente, y sin embargo, cuando esa reconciliacion os reporta el menor interes, os reconciliais; ¡y no queréis hacer por Dios, lo que haceis por un interes mezquino!

Creeis que vuestro honor reclama siempre la venganza, y Dios, que es tan celoso de su gloria, hace

lucir el sol para los malos, lo mismo que para los buenos, y vierte lluvias fecundas sobre las tierras de los impíos como sobre las de los justos.

Puede reducir á polvo á sus enemigos, y sin embargo, sufre, tolera, y así hace brillar su grandeza.

Sólo á Dios pertenece la venganza, á Dios que se ha reservado el derecho de castigar á los que han hecho daño, de indemnizarnos de los males que nos hayan causado, y de vengarnos de los ultrajes de nuestros enemigos, y que tarde ó temprano juzgará al inocente y al culpable en el tribunal de su inmarcesible justicia.

AMOR FILIAL.

Entre los deberes que tiene el hombre para con sus semejantes, no existe ninguno tan noble, tan sagrado, tan obligatorio como el amor filial.

Dios ha grabado tan profundamente este deber en el fondo de nuestras almas, que felizmente para la sociedad existen muy pocos ejemplos de los malos hijos, y éstos son el objeto de un aborrecimiento general, aborrecimiento mayor y más vergonzoso que el que se profesa á los hombres más depravados.

La que nos ha alimentado en nuestra infancia con su propia sangre, la que ha velado con mater-

nal solicitud para elejar de nuestra cuna los peligros y las enfermedades, la que ha soportado con paciencia los disgustos que ocasiona la primera época de la vida, tiene derecho á esperar de nosotros un inmenso reconocimiento, la más perfecta sumision, una constante ternura y un respeto profundo, sin que un mal humor ni las enfermedades que trae consigo la vejez, deban disminuir en nada nuestras atenciones para con ella.

Cualesquiera que sea el estado á que los eleve la fortuna, los hijos no deben avergonzarse jamas del estado de sus padres, sino, por el contrario, darles públicas demostraciones de aprecio, saludándolos con sumision, acompañándolos con placer, y prodigándoles atenciones que los infelices ancianos acogerán con mayor placer cuanto más públicas sean.

Amor, sumision, respeto, asistencia, hé aquí los principales deberes de un hijo para con sus padres, deberes que está obligado á cumplir exactamente si ha de merecer el aprecio de la sociedad y la aprobacion de su conciencia.

EL JILGUERO.

Era una hermosa mañana de primavera: el aire, embalsamado por los perfumes de las flores que tapizaban el césped, habia convertido el campo en un hermoso jar-

din, y las avecillas cantaban entre el verde ramaje, saludando con sus gorjeos el rayo matutino.

En un nido de jilguero, cuatro hijuelos, apénas cubiertos de plumas, ensayaban sus alas; pero estos alegres vuelos no habian aún salido del recinto del nido. La madre habia ido á buscar algun alimento y tardaba en llegar.

—¿Por qué, dijo uno de ellos, hemos de dejar de salir del nido por nosotros mismos? Estoy viendo al pié de aquel árbol unas plantas, cuyos granos deben ser exquisitos. Además, nuestra madre sabrá encontrar alimento para todos, y nosotros sabremos tambien procurarnos el nuestro.

—No somos todavía bastante fuertes, replicó otro pajarillo. Nuestra madre nos dijo que hasta de aquí unos dias no podemos salir del nido.

—¡Algunos dias! dijo el atrevido..... Es demasiado esperar: ya que no queréis acompañarme, me iré solo: prefiero mi libertad, que arriesgarme á caer en manos del cazador como los pajarillos del árbol próximo.

Y esto diciendo, el pajarillo saltó primero á los bordes del nido, bajó despues de rama en rama hasta el suelo, y de allí, altivo con su fortaleza, tendió las alas sin oir los gritos de su desolada madre.

Despues de haber recorrido por mucho tiempo aquellas comarcas, se encontró en campo raso, al momento mismo en que estallaba un terrible huracán: débil y fatigado,

sus alas le negaron el servicio, teniendo que sufrir así todos los efectos de la tormenta. Más prudente esta vez, aproximóse á una ciudad, donde al ménos podia hallar algun asilo seguro; pero viendo en el dintel de una puerta una gran cantidad de grano, se lanzó ávido sobre esta apetitosa presa. Un viejo y prudente gorrión, intentó detenerle. «Desconfía, le dices: eres demasiado jóven para comprender que en esta aparente abundancia, se oculta la muerte más cruel; créeme, huye como huimos todos.»

—¿Y por qué así? Yo no veo ningun peligro: la vejez es siempre temerosa y desconfiada; no veo motivo para perder tan propicia

ocasion. Además de que me conduciré con prudencia.

Diciendo esto, acércase con mucho tino; pero animado al ver impune su temeridad, sigue adelante. ¡Pobre pajarillo! Sus patitas quedan pegadas al suelo; gritos de júbilo salen de la casa. ¡Ha quedado prisionero.

Su jaula es lindísima, y encuentra en ella abundancia y reposo; pero separado de sus compañeros, vive triste en su cautiverio; y cuando ve volar las avecillas al rededor de la prision, piensa en el funesto defecto que le ha conducido á aquel trance, por desoir los consejos de la experiencia.

M. JENNY.



MÁXIMAS.

El soberbio bebe el primero; la caridad da de beber á los demás y bebe la última.

*
**

La tranquilidad de la conciencia es la mayor felicidad que podemos poseer.

*
**

Vale más una reprension á tiempo, que cien abrazos cuando no vienen al caso.

*
**

El que se rie al hacer una limosna es un verdugo; el que se encoge de hombros, un necio; el que llora, un ángel.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Fig. 1.^a Niña de siete á ocho años, vestido de terciopelo azul oscuro, falda lisa con un ruló de raso blanco por abajo, casaquita con pelerina y manga un poco ancha con vuelta, carteras en ambos costados de la aldeta, la pelerina va sujeta por un solo boton, la casaquita está cerrada de arriba á abajo con siete; éstos, como los dos que lleva en las vueltas de las mangas y dos en el traje por detras, son de raso blanco; un ruló como el de la falda adorna la aldeta, pelerina, carterita y vueltas de las mangas.

Sombrero de terciopelo blanco

con plumas azules y blancas; por detras caen dos cintas color grosella.

Botitas de terciopelo azul.

Corbata color de grosella.

Guantes claros.

Fig. 2.^a Niña de ocho á nueve años; vestido de lana escocesa; la primera falda va adornada por abajo con un volante al aire puesto á pliegues menudos, y encima, á poca distancia, una cinta verde de doble tejido formando picos.

Segunda falda, lisa, abierta y redondeada por delante, y recogida por detras, con tres botones de pasamanería.

Chaquetilla entallada, cerrada hasta el cuello por seis botones verdes.

El mismo adorno de picos se repite en la aldeta, manga entreancha.

Una cinta color de grosella con triple lazo á la derecha recoge el cabello.

Botitas negras de cabritilla.

Guantes color de paja.

Fig. 3.^a Niño de tres á cuatro años; vestido de cachemir color de moda, falda lisa por delante, lo demás montada á pliegues gruesos.

Chaqueta recta abierta por delante, adornada por ambos lados con presillas de lo mismo rodeadas de terciopelo negro, manga algo ancha con vuelta y dos botones encima, chalequito cerrado hasta el cuello con dos filas de botones, corbatita negra de terciopelo.

Botitas de cabritilla.

Fig. 4.^a Niña de cuatro á cinco

años; vestido de cachemir, color, falda lisa, adornada con un bordado de sutache, chaqueta con aldetas cerrada hasta el cuello, con presillas de pasamanería, y ribeteada con un biés de terciopelo granate, cinta encarnada recogiendo el cabello.

Botitas del color del vestido.

Fig. 5.^a Niño de nueve años.
Traje de terciopelo gris.

Pantalon corto, cubierta la costura del lado con una cinta de terciopelo negro, por abajo dos más estrechas.

Chaqueta larga con bolsillos de terciopelo negro, peto ó solapa hasta abajo, tambien de terciopelo negro, y picos de lo mismo adornan las mangas por abajo, corbata gris.

Botas de cabritilla.

ANUNCIO.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

Seis tomos van publicados de esta excelente REVISTA, que es el mejor obsequio que puede hacerse á un niño de diez á diez y seis años.

Contiene esta preciosa coleccion artículos de los más notables escritores y muchísimos grabados.

Cada tomo se vende á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias.

La suscripcion á Los Niños cuesta en Madrid 3 pesetas por trimestre; 5 pesetas 50 céntimos por semestre y 10 pesetas por año.

En provincias 3 pesetas 75 céntimos por tres meses; 7 pesetas por semestre y 12 pesetas 50 céntimos por año.

Administracion de Los Niños y de LA PRIMERA EDAD: Plaza de Matute, 2, Madrid.

MADRID, 1873.—IMP. DE M. RIVADENEYRA, calle del Duque de Osuna, núm. 3.